

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Claro: no cabe hablar de otra cosa. El atentado, el atentado... y, esta vez, ha tenido mucho mayor resonancia, ha producido más indignación y protesta, que el de la horrible bomba de Mateo Morral. ¿Por qué? Porque la gente va despertando; porque hay cierta energía de reacción en los espíritus; porque resaltan y se definen las consecuencias de tan reiteradas asechanzas contra un rey joven, que no ha hecho mal, que no tiene enemigos, al menos en el sentido personal de la palabra.

El día de la bomba, dominó la estupefacción, y casi sobrepujó el asombro al espanto; o, por mejor decir, el espanto cuajó en asombro, como si el hecho tuviese mucho de increíble.

El aparato escénico ayudaba a prestar al suceso ribetes de sensacional novela, del género folletinesco-sociológico. Era un día azul, brillante, caluroso, como parecen fabricarse ciertos días para Madrid expresamente; y Madrid entero se había echado a la calle, a ver pasar aquel nupcial cortejo de monarcas, príncipes, princesas, diplomáticos, grandes, altos funcionarios, damas de honor, ministros, generales; una serie de carrozas increíblemente suntuosas y artísticas, de cuento de hadas, que arrastraban caballos empenachados de plumas blancas, azules, rojas, amarillas; caballos de sangre pura, de lustrada piel, orgullosos de sus jaeces, ufanos de su carga que llevaban, al paso majestuoso de una procesión tan magnífica; un río de fuerza armada, ya siguiendo a la comitiva, ya acordada por las calles que había de recorrer. ¡Y los balcones! Eran como jardines, o mejor dicho, como macetas, atestadas de flores vivientes, a las cuales resguardaban del sol toldos de seda de colores ondulantes, en continuo movimiento: las gayas sombrillas. Juntas las cabezas, rientes los ojos, dispuesta a la aclamación la boca, apretado en la derecha el pañuelo que se agitaba, en nube de blancas mariposas, saludando, los balcones enviaban desde el aire su júbilo y alborozo al cortejo real, que procedía, un poco grave tal vez, en orden prescrito por la etiqueta. Y, cuando acababa de pasar la incomparable comitiva, los balcones, como ella, se esfumaban, vaciándose de gente; las señoras y señoritas se retiraban, se sentaban dentro, se abanicaban ruidosamente, haciendo comentarios; y, del café más próximo, subían bandejas con grandes vasos de horchata o de limón, no sin sus correspondientes pajitas, y sus barquillos crocantes y ligeros, y se saboreaba el refresco delicioso, esperando la segunda emoción, cuando el Rey volviese de la iglesia, casado, en la misma carroza que su desposada...

La Reina — la que iba a serlo dentro de media hora —, ¡era tan bonita! No se hablaba sino de su belleza, de aquellos rubios cabellos como hebras de sol, de aquel cutis de nieve y rosa, de aquellos grandes ojos puros, infantiles, de aquella figura noble, gallarda, de aquellas facciones delicadas y perfectas. En ese día en que aun las mujeres menos hermosas aciertan a parecerlo, bajo el velo y entre la albura ideal del traje, la nueva Reina de España semejava una aparición. Y se impacientaban los balcones. ¿Cuándo volvería, cuándo?

Volvieron... Parecía que los fatídicos anuncios, que no habían escaseado en la semana que precedió a la boda, iban a desmentirse. Se hablaba de ellos en broma. Nadie temía ya, cuando justamente llegaba el cortejo a la calle Mayor. Dos segundos bastaron... Lagos de sangre, numerosos cadáveres, la tragedia que no se ha olvidado, porque fué de las que no consienten el olvido; y el Rey, y su esposa, ilesos, entre tantas víctimas y tanto estrago. Cuestión de otro segundo de diferencia; el que medió entre el momento de lanzar su mortífero artefacto el criminal, y ponerse en marcha la lenta carroza. Una fracción de tiempo casi inapreciable, y la bomba cae exactamente sobre la pareja, sobre el blanco ropaje, sobre tanta juventud y tanta felicidad...

Esta vez, no había más desposorios que el de los reclutas con la bandera; unión grave, impregnada de la austeridad del sacrificio.

Lució otro día radioso, alumbrado por un sol todavía benigno, primaveral. Muchos arbustos de la Castellana y de Recoletos ya parecían nubes de flor carmesí. No se les veía una hoja; otros, en cambio, se revestían de un plumaje, verdegay. No hacía calor. No hacía frío. No hacía viento. Una placidez divina flotaba en el ambiente.

Y Madrid, en masa, como en la jornada de la boda, se había echado a la calle. A pesar de insistentes anuncios de algo terrorífico, nadie sentía pavor. Madrid es audaz, jaranero y curioso. Se trataba de un espectáculo atractivo, y acaso hasta el interés del anunciado drama era nuevo aliciente.

En el larguísimo trayecto, desde el Palacio Real hasta la estatua de Castelar, no existía claro donde fuese menor el gentío. Los balcones, intrépidos, se entoldaban de sombrillas policromas. El paso de las fuerzas arrancaba gritos de entusiasmo. Ello será lo que quiera, pero, desde los últimos hechos de armas, en África, existe en las masas mayor simpatía por el Ejército. Nada estrecha lazos como el peligro, el valor y la victoria. Hay que llamar a las cosas por su nombre, y dejarse de «operaciones de policía» y demás eufemismos. Guerra fué, si bien de distintas proporciones que las enormes guerras actuales, entre naciones potentes. La conciencia nacional pareció empezar a latir, a despertarse, a responder; y yo, recordando tiempos en que a la bandera no la saludaba nadie, veía descubrirse las cabezas a su paso, y me regocijaba, mientras iban pasando, en marcial y rápido desfile, los brillantes regimientos. Las tropas moras atraían más que ninguna la curiosidad, y la provocaban los dicharachos del pueblo, que acaso no se diese cuenta de todo lo que había de histórico en aquellos hijos del desierto y de la montaña, bronceados y recios, paseando por las calles de Madrid su catadura, exactamente igual a la de sus antepasados, los que lucharon con nosotros, no siete siglos, como suele decirse, sino trece, lo menos. Nada de esto sabría buena parte de los espectadores; pero acaso sintiesen vagamente la inmensa poesía del paso de los jinetes y los infantes africanos, bajo nuestra bandera, presentando las armas a nuestro Rey, al Sultán cristiano, como le llamaron en su típico lenguaje...

Yo vi desfilar a los regimientos al final del Paseo del Prado, donde desemboca la carrera de San Jerónimo. La ceremonia, conmovedora y brillante, se había terminado. Corría por todos los grupos un aura de tranquilidad; decíase que no había ocurrido nada, y que, ya a tal hora, nada podía ocurrir. Bajo esta impresión consoladora, retrocedimos hasta la calle de Alcalá, para situarnos en la embocadura de la de Sevilla, desde donde, cómodamente sentados en un cocheillo, veríamos el paso de los moros, que escoltaban a la reina Victoria. Con tal oportunidad llegamos, que un minuto después la reina pasaba en su carretela a la gran Daumont, risueña y sonrosada bajo el velillo y el sombrero grande, cuyas líneas se confundían en el foco blanco y suelto de enorme *esprit*. Del Casino, de todas las ventanas, de la muchedumbre, partían aclamaciones, gritos, una ovación calurosa. La soberana la acogía, contenta, aniñada, dulce, agradeciendo con cabeza y manos. No sabía aún nada... Nosotros tampoco, pero no tardamos en *saber* antes que ella... Mientras pasaban los moros, negros o color de ocre bajo el sol, tres o cuatro personas, desconocidas para mí, se habían acercado sucesivamente a la portezuela, me habían dado noticias:

- Un atentado...
- Cuatro tiros...
- Ileso, sí, ni una herida...
- El anarquista ha sido detenido ya...

Pero lo que de los relatos, truncados, no podía deducirse aún, era la lucha cuerpo a cuerpo de Alfonso XIII y su asesino, los lances del combate en que el diestro jinete se cubrió con su caballo, que recibió la bala; aquel minuto trágico, igual a lo que pudiese suceder en reñido lance de guerra. La sangre fría, la entereza del Rey, le salvaron. Y no sólo le salvaron, sino que le ganaron, en un instante, a un pueblo que siente como pocos el entusiasmo de un bello gesto, la gracia airosa del desprecio de la vida.

He aquí por qué, con diferencia muy grande (si se compara al atentado de la bomba y no hay que decir al de la calle de Rohán), este atentado de la calle de Alcalá suscitó indignaciones, desencadenó simpatías, provocó reprobación contra el culpable, y llevó a todos a manifestar, en una o en otra forma, la satisfacción de ver sana y salva a la víctima.

Y esto no ha sido una fría consigna oficial, cosa de palatinos, cosa de funcionarios, sino que se ha extendido a todas las clases sociales, sin excepción, sin

preparación de prensa, súbitamente, al punto mismo en que corrió de boca en boca la nueva. Los que se acercaban a la portezuela de mi coche, al afirmar «está ileso» tenían aire de triunfadores. Y yo no sabía quiénes eran, pero veía en sus rostros la alegría honrada del que ve frustrarse la maldad. Un sentimiento de humanidad y de cariño animaba los rostros, coloreaba las mejillas, hacía brillar los ojos de aquellos españoles, satisfechos de que la iniquidad no se hubiese consumado.

Y, desde el mismo momento, comenzaron, espontáneas, las manifestaciones. La misma tarde, y todos los días, no sólo la muchedumbre, sino las señoritas y señoras, las personas bien trajeadas y que sería imposible reclutar si el sentimiento no las atrajese, fueron a situarse alrededor de Palacio, aclamando, prontas las mujeres a deshacerse en lágrimas cuando el Rey presentaba, sobre la barandilla del balcón, a los infantitos, que habían estado tan a punto de quedarse huérfanos. Y un huérfano real es huérfano dos veces. Tristeza inmensa, la de las minorías; angustia la de ver a una reina vestida de negro, amparando a un débil niño, que ha empezado a reinar en horas dramáticas, en horas de tempestad y duelo. Así, la vista de los niños fué lo que más enterneció a las multitudes, diariamente agolpadas, desde la tarde de la jura, bajo los balcones del Real Palacio, y luego a la hora del relevo de la guardia. El clamoreo pedía que se asomase el Rey, «el Rey valiente». Y este apodo gentil quedaría definitivamente unido a la personalidad de Alfonso, como quedaron al de otros Alfonsos otros sobrenombres, si estuviésemos en una época en que los reyes fuesen más conocidos por «el Batallador», «el Sabio», «el Cruel» o «el Santo», que por sus nombres de pila — como sucedía en la Edad Media. De todos modos al abrirse los balcones, el sobrenombre brotaba de los labios. Nunca ha sido la monarquía tan popular.

Los estudiantes de la Universidad; los alumnos de las Academias; los diputados y senadores; en breve los socios del Ateneo, han ido o irán, juntos a felicitar al Rey. Y no es lo importante que vayan; es que irán con sincero convencimiento de dos realidades; la una, que Alfonso XIII se ha portado como un rey se porta, si tiene conciencia de su cargo y sobre todo si tiene impávido corazón; la segunda, socialmente más importante aún, que estos atentados, cuya repetición prueba la existencia de una enfermedad peligrosa, no van tanto contra la vida de un alentado y noble mozo, sino contra todos, contra todo; contra la sociedad y sus fundamentos. En suma, que no son regicidios, sino *socialicidios*.

Y la sociedad es más difícil de matar, porque no tiene una vida sola sino cien mil. La sociedad es el ave fénix. Renacería de sus cenizas, si a cenizas pudiese reducirse. Aun en el peor y más anárquico instante, en la *Commune*, por ejemplo, lo que se redujo a cenizas fueron algunos edificios, lástima grande; pero la sociedad volvió a entrar, triunfadora, en medio de la patria mutilada y vencida. Es completamente seguro que la sociedad no muere, pase lo que pase. Sin embargo conviene que no sea herida, que no sea escarnecida, que se sienta firme y coherente. Y, o mucho me equivoco, o estos atentados están consolidando bastante a la sociedad.

Otra cosa tenemos que agradecer al atentado de ahora. No sé cuál de los conferenciantes a quienes he oído estos días (las conferencias siguen muy en favor a cada paso más) decía que, al amortiguarse la fe en nuestro siglo, había tomado gran incremento la superstición. Y es una verdad palmaria. La superstición se extiende, cunde, se arraiga, hasta en las almas menos preparadas a sentirla. Nadie regala una tijera o un cortaplumas, sin exigir cinco céntimos, para que no se «corte la amistad». Nadie menta «a la bicha» sin tocar disimuladamente madera. Nadie quiere tratar ni acompañar a cierta dama de Madrid, porque hace mal de ojo. Nadie deja de comer, a las doce de la noche del último día del año, las clásicas uvas. Nadie omite los dijecitos con «el pato» y «la mala sombra». Cada civilizado del siglo XX tiene su fetiche: los hay singularísimos. Los presentimientos, la telepatía, cien relaciones desconocidas con lo sobrenatural oprimen los espíritus. Y el asesino y sus cómplices — si los tenía, como es de presumir — en alarde modernista, habían hecho correr, en una o en otra forma, con inscripción o sin ella, este colmo de la superstición:

- El 13, año 13, a las 13, morirá Alfonso XIII... Al defender con tanta serenidad su vida, el Rey ha puesto el pie, lo mismo que un arcángel, sobre el cuello de la vil superstición, que había llegado a quegarlo?, a oprimirnos a todos, por medio de tantos treces reunidos; coincidencia que rara vez, rarísima, se producirá en la historia.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.